



JULIAN GLOAG
CADA NOCHE A
LAS NUEVE

Traducción del inglés de Olalla García

IMPEDIMENTA

Hallé luego al que ama mi alma; lo así, y no lo dejé, hasta que lo metí en casa de mi madre, y en la cámara de la que me dio a luz.

CANTAR DE SALOMÓN, 3, 4

PRIMAVERA

Madre murió a las cinco y cincuenta y ocho. Lo último que hizo fue coger el reloj de bolsillo de oro que estaba en la mesita de noche y sostenerlo débilmente entre sus dedos delgados. Luego, el reloj cayó y su suave ritmo cesó, marcando el minuto preciso, como la prueba de un delito.

Es posible que Madre siguiera viva unos minutos más. Pero no tenía forma de avisar a sus hijos. Durante semanas no había sido capaz de hablar más que en susurros, y el cordón bordado de la campana que colgaba sobre su cama llevaba mucho tiempo desconectado de su badajo en la cocina. «No soporto las campanas», había dicho Madre cuando, años atrás, había alquilado el número 38 de Ipswich Terrace. «Bastante me molestan ya los domingos y en los funerales.» Pero, incluso si la campana hubiera funcionado, estaba demasiado débil para tirar del cordón. Su energía, antes inagotable, se había debilitado últimamente, hasta el punto de que no podía levantar una cuchara sin la ayuda de Elsa.

Y Elsa, que se había asomado nada más volver del colegio, había encontrado a Madre dormida y no había querido molestarla en aquellos momentos de calma.

Sin embargo, la preocupación de Elsa (que, por ser la mayor, soportaba esa carga en nombre de los demás) la obligaba a acercarse continuamente a la puerta del dormitorio aguzando el oído. No oyó nada. Había muchos ruidos en la casa: el entrecocar de la vajilla en la cocina, donde Diana y Jiminee estaban lavando los platos; el gorgoteo de la risa de Willy en la sala de juegos y el «Ahora me toca a mí, Willy» de Gerty; la persistente tos de Duns-tan, sentado en la «biblioteca» con los volúmenes de sermones encuadernados en cuero; los repentinos martillazos en el taller de Hubert. Elsa percibía todos aquellos sonidos de forma automática y, si alguno se hubiera detenido durante un tiempo, habría ido a investigar qué ocurría. Pero no les prestaba atención conscientemente.

Cuando el reloj de la planta baja empezó a dar las seis y media, decidió no esperar más. Abrió la puerta y entró. La habitación olía igual que siempre, a cortinas viejas y a la llama de las lamparillas, a jabón de lavanda, al polvo que se levantaba entre las tablas del suelo y al abrillantador que la señora que venía tres veces al año traía en latas rojas y doradas.

Madre también olía igual que siempre. El olor de Madre era ese aroma blanco y suave proveniente del tarro grande que había en el tocador.

La cabeza de Madre estaba girada en dirección a Elsa, con los ojos entrecerrados. Tenía el brazo izquierdo extendido, apoyado en el borde de la cama justo a la altura del codo, con la mano abierta como para recibir algo. Agitados por la brisa vespertina que entraba por la ventana abierta, los extremos del nudo que le ataba el turbante de la cabeza revoloteaban como jirones sueltos.

Elsa atravesó la habitación y se detuvo en la estera de arpillera que había junto a la cama. Posó un momento la mano sobre la muñeca fría. Luego se agachó y recogió el reloj. También estaba frío. Lo calentó en la mano, dándole vueltas rítmicamente, una y otra vez. La llama de la vela fluctuó y después se enderezó. Habría que despabilarla.

Fuera, los estorninos estaban en pleno gorjeo vespertino antes de irse a dormir. De la penumbra del jardín de altos muros llegaba

el perfume de los lirios del valle, que se intensificaba bajo la ventana. Era un mes de mayo cálido, casi veraniego. Los lirios habían florecido temprano y ya casi estaban a punto de marchitarse.

Elsa levantó un poco la cabeza. Del exterior le llegaban los murmullos de los niños, a la espera de que los llamasen para volver a casa. Era la única de todos ellos que sabía que Madre había muerto; igual que era la única que se había dado cuenta de que Madre, aquellas últimas semanas, estaba agonizando. Madre también lo sabía, por supuesto, pero había sido un secreto que no habían comentado entre ellas. A Madre no le gustaba hablar de cosas desagradables.

De repente, Elsa dijo en voz alta:

—Tengo trece años.

Lo repitió, «Tengo trece años», como para hacer frente a la creciente oscuridad de la habitación, una oscuridad que la débil llama de la vela no hacía sino acrecentar. Miró el reloj que tenía en la mano. Marcaba las cinco y cincuenta y ocho. Sabía que esa no era la hora correcta. Lo devolvió a su sitio en la mesita de noche.

Se apartó de la cama, se acercó al tocador, cogió el soporte de pelucas y la peluca de Madre y los puso sobre la mesa que había en el centro de la habitación. Sacó del cajón superior el peine de carey, que estaba entre esos pañuelos de hombre ligeramente perfumados que Madre usaba. Se sentó en el borde de la silla de mimbre y empezó a peinar la peluca.

Hundió el peine con firmeza en los rizos caoba, estirándolos hasta alisarlos casi por completo y dejando que volvieran a ondularse. Esa había sido su tarea de cada noche desde que Madre empezó a estar demasiado débil para moverse. Siempre había sabido que Madre usaba peluca, y todos los demás niños también lo sabían; ella se lo había explicado en cuanto tuvieron edad suficiente. Incluso Willy, el más pequeño, estaba al corriente. Sin embargo, el tema solo se había mencionado dos veces en presencia de Madre; la más reciente, cuando Madre había dicho: «Esta noche estoy cansada, Elsa, querida, hazme el favor de peinarme tú el pelo». La otra había sido dos años antes, cuando Jiminee tenía cinco. A la hora del té, miró a Madre de repente y dijo: «Hola,

Peluquita». Hubo un murmullo acallado mientras Madre observaba al sonrojado Jiminee por encima de la mesa de té. Entonces, Madre se echó a reír. No dijo ni una palabra, se limitó a soltar una carcajada. En aquel momento, todos empezaron a reírse y a agitarse en sus sillas, sacudiendo la mesa hasta que las tazas de té tintinearón. Solo Jiminee se quedó al margen; sentado quieto, ruborizado y batiendo los párpados, con una sonrisa intermitente como las luces de un árbol de Navidad. Y, cuando terminaron las risas, siguieron tomando el té y no volvió a hablarse del tema, aunque durante unos días todos miraron a Jiminee con un respeto especial.

Mientras Elsa seguía peinando, recordó esa risa cálida en su estómago y le entraron ganas de llorar. Dejó las manos quietas e inclinó la cabeza. «Elsa nunca llora.» Luchó contra esa sensación espesa en la garganta y cerró los ojos con fuerza. Al final, dos lágrimas brotaron y rodaron por su nariz. Se secaron casi de inmediato.

Ahora la habitación estaba a oscuras y la ocupante de la cama no era más que una vaga figura blanca. Los movimientos del peine sosegaban a Elsa.

De repente, la vela parpadeó hasta casi apagarse. Presa de la alarma, Elsa levantó la vista. Había alguien en la habitación, junto a la puerta entreabierta.

—¿Quién es? —susurró—. ¿Dun?

—No. Soy yo, Hubert.

Elsa se relajó un poco.

—¿Qué pasa, Hu?

—Ya han dado las siete, Else.

La llama de la vela vaciló precariamente.

—Entra y cierra la puerta.

La luz fue recuperando su brillo mientras Hubert se acercaba, y Elsa giró la cara para que él no viera que había estado llorando.

—¿Madre está dormida? —dijo el niño, todavía susurrando.

Elsa se inclinó para dejar el peine sobre la mesa. En el silencio, el crujido provocado por aquel movimiento en la silla de mimbre los sobresaltó a ambos, y el peine cayó al suelo con un sonoro

chasquido. Hubert se arrodilló, lo recogió y se lo entregó. Al cogerlo, ella se permitió girar la cara hacia él; en realidad, no le importaba que Hubert la viera.

—Has estado...

—¡Sí! —respondió.

—¿Qué pasa, Else? —El niño ya se había puesto de pie y estaba mirando hacia la cama.

—No, Hu, quédate aquí.

—Es Madre, ¿verdad?

—Sí. Madre... Todo ha terminado.

—Pero no puede...

—Todo ha terminado, Hu. Lo sé, lo... No sirve de nada hacerse ilusiones.

Por un instante, en la penumbra, Hubert frunció el ceño, y le recordó tanto a Dunstan que Elsa se quedó sin aliento. Luego, el niño levantó la mano y se apartó el pelo de la frente. En la lejana calle principal un autobús aceleró. El ruido del tráfico aumentó un momento y después disminuyó, como el latido de un corazón cansado.

—¿Qué vamos a hacer, Else?

—No lo sé. Es decir..., tengo que pensarlo.

—Necesitamos un plan.

—Pensaré en algo. ¿No es lo que hago siempre?

Hubert no respondió. Desde el pasillo, detrás de la puerta, se oyó un estallido de tos.

Elsa se puso rígida.

—Dunstan.

—Todos —dijo Hubert—. Tienes que decírselo a todos.

—Esta noche no. Se lo diré mañana.

—Tienes que decírselo a todos. No sirve de nada aplazarlo, Else —respondió despacio Hubert.

—No me digas lo que tengo que hacer. ¡Recuerda que soy la mayor!

El niño de nueve años la miró y asintió. Elsa respiró hondo y se levantó. La silla de mimbre crujió.

—Está bien. Voy a lavarme la cara y me los traes.

Se acercó al lavamanos y sumergió los dedos en el agua fría de la jarra.

—Será mejor que encienda la luz —dijo Hubert.

Ya no hablaban en susurros.

—No, Hu, déjala apagada.

Extendió la mano hacia la toalla de Madre, pero vaciló, mirando al otro niño. Después, inclinó rápido la cabeza y se secó la cara en la falda. Volvió a la silla y se sentó de nuevo. Se dio unas palmaditas en la nuca, se alisó sobre las rodillas la falda mojada y cruzó las manos sobre el regazo.

—Venga —dijo—. Ya estoy lista.

No se decidían a entrar. Solo cuando Elsa gritó «¡La mayor primero!», Diana dejó de titubear y entró, seguida de los demás. Se quedaron a la espera, nerviosos ante la solemnidad de Elsa. Tan solo Dunstan, apoyado contra la puerta, permanecía impasible.

Elsa habló, endureciendo la voz para ocultar su temblor.

—Niños... Niños... —Se detuvo.

En el silencio, Willy, de cuatro años, se apartó del grupo, que seguía en medio de la habitación, y se acercó a la cama de Madre. Los demás lo miraron. Tocó los extremos del pañuelo de Madre y le dio unas palmaditas en el brazo extendido. Apoyó la cabeza en su hombro y olisqueó. Se dio la vuelta despacio.

—Está muy tranquila —anunció.

Como si aquellas palabras fueran una señal, los niños rodearon la cama. Solo Dunstan se quedó inmóvil junto a la puerta. Los demás miraban a Madre, con la cabeza inclinada sobre el hombro en un gesto de agotamiento final y las rodillas curvadas bajo la manta. La vela tan solo le iluminaba la amplia frente y los pómulos, de modo que sus ojos parecían enormes y negros, fijos en los pies de los niños. En un instante, su querida Madre se había convertido en un objeto que solo suscitaba silencio y extrañeza.

—Niños —dijo Elsa—, Madre ha fallecido.

No parecieron oírla.

Diana se inclinó hacia delante y posó su mano en la de Madre.

—Madre —la llamó, con suavidad—. Hace frío, Madre.

Y trató de levantarle el brazo para meterlo bajo las sábanas. El movimiento brusco hizo que la cabeza de Madre cayese hacia la izquierda. Los hombros se deslizaron un poco, luego se detuvieron. Diana gritó y soltó la mano.

Al momento, Dunstan estaba a su lado.

—No pasa nada, Dinah, no pasa nada.

La rodeó con sus brazos mientras ella sollozaba. Aunque se llevaran dos años, Diana parecía pequeña para tener doce y siempre buscaba la protección de Dunstan, que la defendía con una intensidad que en ciertos momentos llegaba a asustar al resto de los niños. Ahora ella apoyaba la cabeza, de pelo dorado cortado a tazón, contra el cabello oscuro del chico.

—No pasa nada, Dinah.

—Pero está fría, muy fría.

Los niños no podían apartar la mirada de su madre. Entonces Jiminee, cuya sonrisa iba y venía constantemente, se echó a llorar también.

Hubert dio un paso adelante desde donde estaba, al lado de Elsa.

—Madre está muerta —dijo, lo bastante alto como para cortar los sollozos.

Elsa asintió.

—Eso es. Madre está muerta.

Hubo un pequeño suspiro por parte de los niños. Willy levantó la barbilla.

—¿Qué es *muerta*? —preguntó.

—¿Muerta? —murmuró Hubert—. Es como... Como lo de Jesús.

—Crucificado, *muerto* y sepultado —dijo Dunstan—, y al tercer día resucitó y... —vaciló—, resucitó... y...

—Madre no va a resucitar —replicó Elsa con firmeza.

Dunstan frunció el ceño.

—Podría, ¿tú qué...?

—No, no lo haré.

Diana levantó la cabeza del hombro de Dunstan y los dos miraron a Elsa. Físicamente no podían ser más distintos; el rostro de Dunstan era casi una caricatura de las figuras de labios fruncidos y mejillas delgadas que seguían «el angosto camino al cielo» en la ilustración de colores que había en el pequeño lavabo de la planta baja. Sus ojos oscuros, que las gruesas gafas magnificaban y hacían parecer saltones como los de una rana, y su pelo negro y puntiagudo contrastaban por completo con el suave cabello rubio de Diana y con sus ojos azules, que parecían de otro mundo.

Dunstan podía lograr que incluso las palabras más cotidianas sonaran agresivas, pero en esta ocasión guardó silencio. Diana se apartó de él y se quedó en el centro de la habitación. De repente parecía una extraña en aquel ambiente familiar, y a Hubert le dio la impresión de que, si alguien le preguntase su nombre, probablemente ni lo recordaría.

El grupo de niños reunido junto a la cama empezó a disolverse. La pequeña Gerty se acercó a Elsa y la miró con seriedad.

—¿Puedo jugar ahora con el peine, Elsa?

Esta asintió. Gerty solo tenía cinco años, pero siempre había tenido el privilegio de usar el peine de carey. Cuando aún no sabía andar bien, solía gatear hacia la mesa como un bulto regordete y estirarse para alcanzarlo. Luego se sentaba en la vieja alfombra, igual que estaba haciendo ahora, y se ponía a jugar con el peine, pasándoselo por el pelo, sin prestar atención al resto de los niños ni a Madre, que leía el libro con su voz de Jesús.

Hubert se apartó de Elsa y se acercó al lavamanos. La pastilla de jabón estaba en su platillo de porcelana. Tocó la superficie aún pegajosa y levantó la mano para aspirar el familiar aroma a lavanda. Era como si tuviera que examinar, que comprobar esa familiaridad. En el borde de la palangana blanca, con el interior estampado de hojas puntiagudas y flores azul oscuro, había una mella en forma de triángulo dentado que se había roto hacía meses y que él había reparado con pegamento resistente al agua. Lo empujó con el dedo. La superficie cedió suavemente, como un

diente a punto de caerse. Tendría que intentarlo otra vez, quizá con un pegamento más fuerte... Y ahora habría tiempo de sobra para que se secase correctamente.

—¡Madre no está muerta!

Era Diana. Estaba plantada junto a la cama, como un ángel guardián, con los puños apretados y voz chillona. Los niños se quedaron mirándola.

—Tiene frío, eso es lo único que le pasa... ¡Tiene frío!

La silla crujió de forma inquietante cuando Elsa se puso en pie.

—¡No, Elsa! Tiene frío. Tenemos que traer mantas para calentarla... y una bolsa de agua caliente.

Elsa estudió con incertidumbre la habitación en penumbra. Abrió la boca para hablar y luego la cerró con tal fuerza que sus labios palidieron. Los niños esperaban sus palabras, pero no encontraba ninguna que pudiese contradecir la vehemencia de Diana.

—¡Tiene frío! —repitió esta.

La única respuesta fue el ruido de los pies de Hubert, que cruzó corriendo la habitación, y el clic del interruptor cuando encendió la luz. Los niños hicieron una mueca. Aquel resplandor repentino les hacía daño en los ojos. La luz mostraba el blanco austero del techo y arrojaba sombras cortantes donde antes no las había. Diana gritó de dolor.

—¡Oh, no!

Pero, al igual que los demás, se volvió y miró. Las arrugas suaves y ajadas del rostro de Madre ahora eran duros cortes en la carne, y sus ojos azules carecían de expresión. Tenía la boca entreabierta en un vago gesto de asombro ante la muerte; no cabía duda alguna de su fallecimiento. Diana se arrodilló y apoyó la cabeza en la manta. Levantó las manos y se tapó las orejas.

Durante un rato nadie habló. Luego, Dunstan dijo:

—Ya veis, niños.

No hubo respuesta. Se acercó a la mesita de noche y cogió la Biblia negra que estaba al lado del reloj.

—Léenos algo, Elsa.

—Sí, léenos algo, léenos algo. —Un coro de voces recorrió la habitación.

Despacio, Elsa se sentó y alargó la mano hacia el libro. Dunstan dudó un momento, luego se acercó y se lo dio. Se quedó mirándola desde arriba mientras ella lo aferraba, cerrado.

—Ábrelo —dijo.

Elsa apartó la mirada de él.

—¿Qué queréis que lea? —les preguntó a los niños.

—Algo de Jesús —contestó Willy, pero ninguno de los otros respondió.

—Venga, ábrelo —insistió Dunstan.

Elsa abrió el libro al azar, y las páginas se separaron por una sección muy leída. Miró hacia abajo e hizo ademán de pasar la página, pero Dunstan le agarró la mano.

—Lee lo que pone —dijo.

Elsa no respondió. Leyó en silencio durante unos instantes, moviendo los labios al ritmo de las palabras. Frunció el ceño. Luego alisó la página y contuvo el aliento. Empezó a leer en voz alta:

¿A dónde se ha ido tu amado, oh la más hermosa de todas las mujeres? ¿A dónde se apartó tu amado, y lo buscaremos contigo?

Mi amado descendió a su huerto, a las eras de las especias, para apacentar en los huertos, y para recoger los lirios.

Yo soy de mi amado, y mi amado...

Elsa se detuvo.

—Jiminee —dijo en voz baja—, ¿dónde están los lirios?

Él se sonrojó y esbozó una sonrisa.

—Es que...

—¿Dónde están, Jiminee?

El pequeño se frotó las lágrimas de la cara con su pulgar huesudo.

—Se... Se m-me ha olvidado. —Sonrió con una mueca—. No ha sido...

Miró nervioso a los demás niños.

—Te tocaba a ti, ¿verdad, Jiminee?

El aludido no dijo nada. Se había puesto pálido.

Diana, aún arrodillada junto a la cama, dijo con suavidad:

—Pero, Jiminee, ¿cómo has podido?

—Eso, ¿cómo has podido? —lanzó Dunstan, cortante.

—No ha sido a p-posta, de verdad...

—Era tu tarea, ¿no?

La sonrisa de Jiminee parpadeó y se desvaneció.

—Sí.

—Y has fallado, ¿no?

—No ha sido a p-posta, Dun. De verdad que no. Solo se m-me ha olvidado.

—¡Que se te ha olvidado! —espetó Dunstan.

—Se m-me olvidan las cosas, ya lo sabes. Madre sabe que se m-me olvidan, ¿a que sí, Elsa? A Madre no le imp-porta eso... No quería hacer nada m-malo.

Se echó a llorar. Los niños lo estaban mirando fijamente, y no había sitio donde esconderse.

—Hay que castigarlo —dijo Dunstan—. No puede seguir olvidándose de las cosas. Hay que darle una lección. Tenemos que...

—Cierra la boca, Dun.

—¿Qué?

—No digas *qué*, es de mala educación —gorjeó Gerty, con su aguda voz de cinco años.

Hubert volvió a hablar:

—He dicho que cierres la boca.

Dunstan se puso rígido y avanzó tres pasos hacia Hubert.

—¿Tú me vas a decir a mí que cierre la boca?

Hubert no se movió. Tenía nueve años, uno menos que Dunstan. Era bastante más bajo, pero más robusto, y había algo en su forma de comportarse que daba impresión de imperturbabilidad.

Dunstan estiró el dedo y señaló amenazadoramente a su oponente.

—¡Renacuajo!

—Eres un matón —dijo Hubert—, así que cierra la boca.

—Levantó la voz—. No pasa nada, Jiminee, puedes recogerlos más tarde.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo! ¡Sí que pasa! Hay que castigarlo. Se le han olvidado los lirios de Madre y tiene que pagar por eso. ¡Es un pecador, eso es lo que es! ¡Y tiene que pagar!

—Cierra el pico —replicó Hubert.

—No voy a cerrar el pico. No te atrevas a decirme que cierre el pico. —Se acercó más y dijo, en voz alta y dura—. No te atrevas, niño, descarado. ¿No lo entiendes? Se le han *olvidado*. Se-le-han-olvidado-los-lirios-de-Madre. ¿Ves? Y tiene que...

Hubert negó con la cabeza.

—A Madre ya no le importa, Dun. No tiene importancia.

Dunstan bajó el brazo despacio. Hizo ademán de alejarse. Entonces, de repente, empezó a temblar y a gritar:

—¡Pero *a mí* sí que me importa, *a mí* sí...! Me da igual que... ¡*A mí* sí que me importa!

Los gritos rebotaron por la habitación, como flechas lanzadas a ciegas que buscaran una salida.

—¡Me importa, sí me importa!...

—Ya vale, Dun —dijo Hubert al fin—. Para, por favor.

Pero la rabia de Dunstan ya se estaba transformando en dolor. Cayó de rodillas, agachó la cabeza y se echó a llorar. Las palabras temblaron, convertidas en una letanía sin sentido entre sus lágrimas. De los demás niños, Gerty y Willy también habían empezado a llorar. Luego los demás, uno por uno. Todos, menos Hubert y Elsa.

Y los sonidos personales de dolor se unieron en un lamento suave y general que llenó la habitación iluminada. El lamento se deslizó por la oscuridad más allá de la ventana, hasta el jardín, que temblaba inquieto bajo el frío viento de la noche primaveral.

—Lee, Elsa, sigue leyendo —la instó Hubert.

Ella bajó los ojos hacia la página y encontró otro versículo. Descifró con esfuerzo el lenguaje arcaico.

¡Oh, si tú fueras como un hermano mío que mamó los pechos de mi madre! Entonces, hallándote fuera, te besaría, y no me menospreciarían.

Yo te llevaría, te metería en casa de mi madre; tú me enseñarías, y yo te haría beber vino adobado del mosto de mis granadas...

Mientras leía, los sollozos de los niños se fueron calmando. Y cuando pronunció la palabra «madre», a todos se les escapó un pequeño suspiro.

Debajo de un manzano te desperté; allí tuvo tu madre dolores,
allí tuvo dolores la que te dio a luz.

Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán
los ríos. Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este
amor, de cierto lo menospreciarían.

Elsa dejó de leer y levantó la vista. Dirigió la mirada a los niños, cada uno de los cuales escuchaba a su manera, y luego a la figura inmóvil de la cama, pero parecía estar pensando en otra cosa. Todos se quedaron en silencio y nadie la molestó, hasta que Hubert cogió el libro de su regazo y lo devolvió a su sitio en la mesita de noche. Mientras dejaba el volumen sobre el tapete bordado, reparó en que el reloj estaba boca abajo. Levantó la caja abollada y se la llevó a la oreja. Lo sacudió, le dio la vuelta y abrió la parte de atrás. En su interior había unas iniciales, *C. R. H.*, grabadas con una caligrafía casi indescifrable. Trazó las letras con la uña del pulgar. Suspiró.

—El reloj de Madre está roto —dijo.

Aquel comentario sacó a Elsa de su ensimismamiento.

—Sí, ya lo sé. —De repente, pareció recobrar la energía. Se levantó y dio una palmada—. Vamos, niños, es hora del cacao.

—¡Hora del cacao! —exclamó Gerty, poniéndose de pie. Alguien bostezó y un murmullo se extendió por la habitación.

Gerty se quedó frente a Elsa, con la cabeza ladeada. Tenía la sonrisa de quien espera salirse con la suya.

—Elsa, ¿puedo quedarme con el peine?

—Por supuesto que no.

Pero la pequeña se mantuvo firme.

—¿Por qué no puedo quedármelo?

—¿Que por qué? —replicó Elsa, asombrada e irritada. Los niños se detuvieron para escuchar su respuesta—. Porque... Porque lo digo yo. Por eso.

—Pero Madre ya no va a necesitar su peine.

Elsa respiró hondo.

—No lo va a necesitar, ¿verdad? —La pequeña recurrió al tono que usaba cuando quería engatusar a alguien para conseguir una segunda ración.

A Hubert le pareció que, tan solo una hora antes, Gerty no se habría atrevido a insistirle así a Elsa. Nadie, ni siquiera Dunstan, había desafiado nunca la autoridad de la mayor. Pero ahora las cosas eran distintas, y Hubert supo instintivamente que los demás se le echarían encima como lobos al menor signo de debilidad.

—No lo va a necesitar, ¿verdad? —repitió Gerty, mientras una sonrisa de triunfo se apoderaba de su cara regordeta.

—Sí—respondió Elsa con rigidez—. Sí, Madre necesita su peine. —Y, con repentina vehemencia, añadió—: ¡Madre necesita *todas* sus cosas!

—Pero... —comenzó Gerty, con un puchero.

—¡Las necesita!

—Pero ahora ya no. —La pequeña apretó el peine contra su pecho.

—Ahora... —Elsa luchó contra esa palabra— nada ha cambiado. Ahora es igual que siempre. —Miró a su alrededor, a cada uno de los niños, y su ceño se relajó—. Igual que siempre. Lo que... Lo que ha pasado no quiere decir... No *cambia* nada. ¿Lo entendéis, niños? Nada ha cambiado. —Hablaba con el poder de quien sabe algo que los demás desconocen—. Todo sigue igual que siempre... *Todo*.

Los niños se quedaron en silencio. Elsa extendió la mano hacia el peine. Gerty lo apretó un instante contra sí, y luego lo soltó.

—¡Vamos! —dijo Dunstan con brusquedad.

Empezaron a salir de la habitación. Hubert se quedó donde estaba, observando a Elsa.

El golpeteo y el repiqueteo de los pies disminuyó cuando los niños llegaron al vestíbulo y atravesaron la gran puerta, bajando los escalones hasta la cocina del sótano.

Arriba, todo estaba en silencio. Hubert y Elsa se miraron, sin que sus ojos se desviarán hacia la cama.

Atrapada en la corriente que se había creado entre la puerta abierta y la ventana, la llama de la vela se inclinó y se tambaleó, como en una reverencia hecha por un borracho.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Elsa.

—Sí. —Hubert apartó la mirada de la vela. Un tropel de espadas amarillas y parpadeantes pasaron ante sus ojos como una exhalación—. Voy a apagar la luz.

—No, ya la apago yo. A ti te toca preparar el cacao, ¿no?

—Sí.

—Entonces, será mejor que vayas.

—¿Y tú? —Hubert cerró los ojos mientras hacía la pregunta, y las espadas bailaron aún más violentamente.

—No tardaré.

—Está bien. —Abrió los ojos de nuevo—. Elsa...

—¿Sí?

—Elsa, ¿tú..., tú...? —Giró un poco la cabeza y miró fijamente la bombilla desnuda del techo.

—Yo ¿qué?

La imagen solitaria de aquella luz lo deslumbraba.

—Nada —respondió.